FATIGA CASERA

Muchos maridos no se dan cuenta de ello, pero sus esposas están sufriendo de "fatiga casera", una condición similar a la "fatiga de combate" de la segunda guerra mundial, sólo que es más difícil de reconocer. Yo probablemente nunca me habría dado cuenta de que mi esposa la sufría si no hubiera decidido llevarla conmigo en un viaje a Cincinnati, donde tenía que pronunciar un discurso. Ella parecía enteramente normal al prepararse para el viaje y hasta se mostraba alegre por alejarse de la casa por unos días. Pero cuando llegamos al aeropuerto vi que su actitud estaba cambiando. Al pagar yo por los boletos de avión, ella le dijo al vendedor:

—Un momento, ¿dónde están nuestros cupones verdes?

—Señora, nosotros no damos cupones verdes a los clientes aéreos.

—¿Ah, sí? Bueno, usaremos otra compañía que los dé.

—Pero —le dije— ninguna empresa aérea da cupones verdes y, además, esta es la única que hace vuelos a Cincinnati.

Pareció calmarse y no dijo nada más hasta que subimos al aeroplano. Lo primero que hizo fue probar si los asientos tenían polvo.

—¿Pero es que tienes que hacer eso? —le pregunté.

—No voy a permitir que mis vecinas crean que uso un avión sucio...

—Pero aquí tienen empleados para el aseo. Siéntate junto a la ventanilla y ponte el cinturón de seguridad.

Se sentó y le di una revista, pero apenas se elevó el avión ella se levantó, diciendo:

—Tengo que preparar el almuerzo...

—Las azafatas se encargan aquí de eso. Tú no tienes que hacer nada.

—Bueno, tengo que sacar la carne del refrigerador.

—No, no. Eso lo hacen las azafatas. Tú descansa, estás de vacaciones.

Ella se sentó por unos momentos, pero en eso una de las muchachas tiró una taza de café en el pasillo. Mi esposa saltó, diciendo:

—No se preocupe —sacó una lata de "Mr. Clean" de su maleta y, arrodillándose en el pasillo, se puso a limpiar la mancha de café.

—Ya está —dijo a los quince minutos—. "Mr. Clean" lo hace todo.

Los demás pasajeros esquivaron la vista, en una situación embarazosa.

Una hora después fue servido el almuerzo. Frente a nosotros estaban dos niños, que no comían sus legumbres. Mi esposa les dijo casi a gritos:

—Les he dicho una y cien veces: si no se comen las legumbres no tendrán postre.

—Cálmate, mujer —le dije suavemente—. Esos no son nuestros niños.

—No me importa —contestó ella—. Estoy harta de preparar comidas en este avión que nadie quiere comer...

—Pero tal vez sus padres no quieren que ellos coman legumbres crudas.

—Siempre los estás defendiendo —dijo mi esposa, enojada—. No es de extrañar que tengan tan malas maneras en la mesa —y dirigiéndose al niño menor, le dijo a gritos—: Siéntate bien o te vas a acostar ahora mismo.

Afortunadamente, los padres de los niños estaban preocupados y mi esposa decidió ir a ayudar a las camareras a lavar la vajilla. Cuando llegamos a Cincinnati, ella había limpiado todas las ventanas, todos los ceniceros, lavado las servilletas y cambiado las cortinas del bar. El avión lucía limpio como un alfiler.

Felizmente, después de unos días, la fatiga casera fue desapareciendo. En veinticuatro horas no le ha gritado a ningún niño ajeno y esta mañana dejó que la sirvienta arreglara las camas. En otro día dejará de lavar la vajilla en el comedor del hotel. Al menos, prometió intentarlo.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

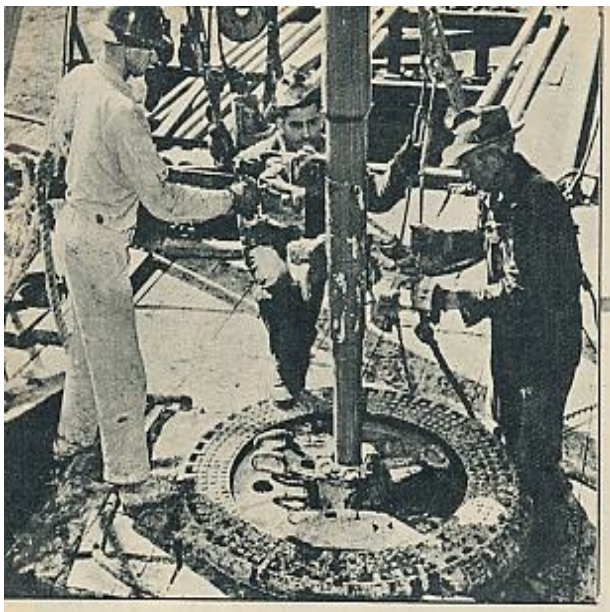
EL magistrado trató de dar unas explicaciones al mejicano detenido —en el Estado de Texas— que se quejaba de las brutalidades de la Policía para con sus hermanos de raza:

—Son ustedes injustos. Los «Texas Rangers» no son racistas. Muchos de ellos tienen sangre mejicana...

—Sí, señor. Tienen sangre mejicana en las botas...

La misión especial de los «Texas Rangers», cuerpo especial de Policía: la caza de bandidos y mejicanos. Los mejicanos son frecuentemente inmigrantes ilegales. Se les llama «wetbacks», espaldas mojadas, porque atraviesan, incluso a nado, la frontera de Río Grande buscando trabajo. Al Norte de la frontera, la renta es de 3.000 dólares por cabeza: al Sur, de unos 500. Al Norte se puede encontrar un trabajo industrial por 100 dólares semanales: el mismo trabajo que, al Sur, se paga por 25 dólares.

Esta es la frontera de que tratan los dos Presidentes, Nixon y Díaz Ordás. Se han entrevistado por primera vez en Puerto Vallarta, por segunda vez —el 3 de septiembre— en San Diego. Aparecen trascendentales, no hay problema, está todo resuelto. El Río Grande cambia de curso y caudal,



MEJICANOS EN TEXAS

los inmigrantes no tienen defensa

con lo cual algunas tierras y algunas familias cambian de nacionalidad, puesto que la frontera oficial está marcada por el curso del río. Se ha arbitrado un recurso técnico. Se ha resuelto el problema de unas 100 personas fronterizas: una docena de familias tendrán doble nacionalidad. Como de paso, se ha tratado del problema de las drogas que traspasan la frontera y del permiso —o la tolerancia— que Méjico concederá a los agentes de los Estados Unidos que las persigan aun en territorio mejicano. Pero el problema de los cinco o seis millones de personas —quizá más: no hay censos seguros— que, con nombre y concepto de mejicanos, viven en los Estados Unidos, no ha sido mencionado.

Son una minoría tan segregada, al menos, como los negros. Unos han nacido en Estados Unidos, y son ciudadanos norteamericanos. Otros llevan muchos años establecidos y han llegado legalmente. Otros son los clandestinos. Si las leyes tienen en cuenta esos matices, la sociedad no. Para la sociedad dominante son los «chicanos» —apócope despectivo de mejicano— en el mejor de los casos; pueden ser, también, los «greasers», los grasientos, los sucios. Muchos de ellos no tienen relación siquiera con Méjico, son descendientes directos de los conquistadores y los colonos españoles.

La frase de «sangre en las botas» explica cómo se trata a esta minoría étnica. Un suceso ocurrido el mes de julio dará una idea más concreta. En 1966, el doctor Fred Logan se instaló en la ciudad de Mathis para atender a los «chicanos» —unos 4.500 en el «barrio», como con palabra española se llama a los «ghettos» mejicanos— que no tenían médico: los «anglos» —la población dominante, que se proclama de origen anglosajón— habían obligado a salir de la ciudad a todos los médicos que lo habían intentado. Logan perseveró, a cambio de la miseria: los mejicanos no tenían con qué pagarle; los «anglos», naturalmente, no le consultaban. No obstante, dos años después de su llegada logró abrir una clínica donde atendía a 60 personas al día. En el mes de junio pasado, la Oficina de Sanidad de Dallas concedió un crédito de 167.000 dólares para una clínica destinada a inmigrantes: los médicos blancos de Mathis y las autoridades rechazaron el dinero alegando que no era necesario, pero Logan pudo demostrar que sí: se llevó el crédito. Dos semanas después, Logan fue a una taberna mejicana para beber una copa con sus amigos «chicanos». Bebió demasiado. Salió a la calle y, a la manera mejicana, disparó unos tiros al aire. Quince minutos después, el «sheriff» adjunto Eric Bauch le detenía, le desarmaba y le conducía hacia el puesto. Seis minutos después, el doctor Logan yacía con dos balazos de Bauch en la cabeza: el «sheriff» adjunto explicó que había intentado agredirle. Pero nadie comprende aún cómo un hombre débil, desarmado y ebrio puso en la necesidad de matarle a un policía hercúleo y gigantesco, especializado en esta clase de encuentros. Fred Logan es ahora el único «anglo» enterrado en el cementerio de los «chicanos». Fue llevado allí a hombros, por mejicanos y por negros. La calle principal de Mathis va a ser bautizada con su nombre.

¿Hasta cuándo? Como en el caso de los negros, los mejicanos han perdido fe en las legislaciones, en el Congreso, en los derechos civiles. Efraín Fernández, organizador de unos sindicatos para los «chicanos», dice: «Hemos aprendido a poner más fe en nuestras propias organizaciones que en las promesas sin final del Congreso de los Estados Unidos». El presidente del subcomité del Senado que se ocupa de los inmigrantes, Londale, dice: «La capacidad de nuestra sociedad para destruir a las personas que no tienen suficiente fuerza para defenderse a sí mismas, no tiene límites». Un grupo de cuatro médicos que ha realizado un informe sobre la situación de los inmigrantes en Texas explica que se ha encontrado ante «un desfile sinfín de enfermedades, deformidades, incapacidades y sufrimiento humano». La vida media del inmigrante en Texas es de cuarenta y nueve años: veinte años menos que los «anglos». Veinte años de vida robados, expoliados... No tienen médicos, ni hospitales. No los pueden pagar. En la ciudad de Mac Allen, las autoridades del hospital dicen a las madres: «Mientras no pague usted la factura, nos quedaremos con el niño y no podrá verle».

Pero no todas las organizaciones son moderadas y políticas como la de Efraín Fernández. Los «Brow Berets» se organizan en forma de guerrillas y su lema es éste: «Por mi raza, mato». Otra organización es La Mano, cuyo dirigente, conocido con el nombre de José Gutiérrez, declara: «Ya es tarde para que los gringos arreglen las cosas. La única solución: almacenemos ametralladoras. Estamos cansados de combatir, en ser matados en las guerras de la América blanca. Ha llegado el momento de combatir en nuestra propia guerra».

Uno de los medios que Nixon y Díaz Ordás han estudiado para «mejorar» la situación es el del corte absoluto de toda inmigración. Ya se ha suspendido el paso regular de los «braceros» contratados, y el pretexto de las drogas sirve para disparar contra los emigrantes laborales que atraviesan el Río Grande —dos de ellos, inocentes de tráfico de drogas, como luego se ha podido comprobar, han sido recientemente muertos por la Policía de Estados Unidos— en emigración clandestina. Pero las industrias de los Estados Unidos no se resignan fácilmente a esta solución que las priva de mano de obra casi esclavista. La solución hallada ya hace unos años fue la implantación de industrias de Estados Unidos en Méjico, en una especie de enclaves: lo que producen esas industrias vuelve a llevarse a los Estados Unidos sin aduanas. Al estilo de Hong-Kong, o de la implantación industrial de Estados Unidos en el Japón ocupado. Estas industrias se benefician así de una reducción del 75 por 100 de los salarios, pero también de los precios mejicanos inferiores de materias primas, transporte, construcción, etcétera, mientras que sus productos industriales se venden en Estados Unidos a los precios de mercado alto. De esta forma, la explotación de «chicanos» se puede hacer ya a domicilio. Cerca de un centenar de industrias están ya instaladas o en vías de instalación en territorio mejicano, pero a unos minutos de California.

Londale, desde el Senado, lo ha resumido con esta frase: «La pobreza es un medio para que otros hagan dinero. El problema básico es que los pobres, en este país, no tienen defensa».

Nixon y Díaz Ordás se han entrevistado por primera vez en Puerto Vallarta (en la foto) y por segunda en San Diego. Han tratado sobre el problema de la frontera. Aparecen trascendentales: no hay problema, está todo resuelto.